

Colección Pedagógica Universitaria

No. 40
julio-diciembre 2003

Familia, género y sexualidades

Patricia Ponce

Doctora en Ciencias Sociales
CIESAS/Golfo

I Las herencias

Las sociedades occidentales somos herederas –en parte– de la tradición judeocristiana, cuyas valoraciones y conceptualizaciones sobre sexualidad tienen sus orígenes en los preceptos del judaísmo y el estoicismo helénico, los cuales organizan un nuevo sistema sexual basado en el matrimonio religioso como único espacio legítimo para sexuar con fines exclusivamente reproductivos, la desaprobación del ejercicio de la sexualidad realizado solamente por placer, y el rechazo de las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo. Al paso del tiempo, esta moral cristiana se ha generalizado hasta formar parte del sentido común, y nuestros comportamientos sexuales van siendo moldeados por esta cultura que acompaña el surgimiento y desarrollo del Estado moderno. Siguiendo a Foucault (1983), las prácticas sexuales hasta finales del siglo XVIII estaban regidas por la ley civil, la pastoral cristiana y el derecho canónico; a partir de este siglo y a lo largo del XIX, empezaron a surgir las instituciones, saberes y normas que, aunque cada vez más laicas, se convirtieron en las herederas de esta moral cristiana. Así, la valoración sobre la sexualidad pasó de manos de la iglesia a los representantes de la higiene social y mental, sin que hubiera un claro rompimiento entre ciencia y religión.

Con el desarrollo del capitalismo, la problemática poblacional y la demografía se convierten en un asunto de Estado, en donde el sexo es incorporado a las políticas públicas, buscando su regulación a través de diferentes instancias y

discursos “científicos”, acordes a la nueva racionalidad productiva y familiar. Las familias (en especial los padres) apoyadas por sacerdotes, pedagogos, psiquiatras, sexólogos y médicos, se dan a la tarea de establecer las normas morales y sociales, convirtiéndose en los principales agentes reproductores de la sexualidad normativizada. Los pecados de San Pablo se transforman en “enfermedades” y la clínica en “el confesionario moderno”. Surgen los análisis y los diagnósticos de las prácticas sexuales en donde el deseo es visto como peligroso y el cuerpo como un elemento ajeno, sucio, que es necesario aprender a controlar. El discurso médico crea un enorme catálogo de patologías, perversiones, desviaciones y anomalías, las cuales debían ser curadas, condenadas y castigadas. Se organizan controles pedagógicos, médicos y religiosos, en donde la pareja monogámica/reproductiva se convierte en el único modelo universal válido, al ser considerada “médicamente saludable”. Así, los discursos médico y psiquiátrico logran construir un campo de poder sobre la sexualidad: el poder de representar, el de las representaciones y la construcción de nuevos sujetos sociales, nuevas subjetividades que originan nuevas identidades (Núñez, 1994).

II Familia, género y sexualidades

Es innegable que hombres y mujeres tenemos características anatómicas y fisiológicas diferentes, pero también es cierto que estos rasgos biológicos no determinan pautas de comportamiento diferenciados para mujeres y hombres; éstas no son innatas sino producto de la educación primaria, es decir, son aprendidas a lo largo de nuestras vidas por la identificación con los papeles definidos socialmente para cada uno de los sexos, que se transmiten y potencian a través de los distintos agentes educadores: los medios de comunicación, la religión, la escuela y la familia.

El papel primordial de la familia es la socialización de los individuos. En la socialización de los hijos el padre interviene poco, lo cual lo excluye como educador, que no como ejemplo; así, la madre se convierte en la responsable de la educación de los hijos, especialmente de la transmisión de valores. Las niñas cargan sobre sus espaldas el honor familiar y deben evitar ponerlo en vergüenza. De ahí que su educación sea tan importante y cuidadosa; la madre es responsable de transmitirle —a través de discursos, comportamientos, gestos y silencios—, la educación que marcará su mundo simbólico y subjetivo, así como las costumbres que la predisponen como mujer sumisa y dependiente. Ellas tienen que aprender las conductas femeninas, se les exigen mayores responsabilidades y se les corrige más que a

los varones, en el entendido de que deben acostumbrarse a ser dóciles, resignadas y *aguantadoras*. Con los niños existe mayor complacencia y tolerancia al considerar que por naturaleza son más rebeldes, inquietos e irresponsables. Con ellos, las madres suelen ser posesivas, dominantes, sobreprotectoras, limitándoles otros afectos familiares, incluido el del padre, creándose una simbiosis que genera una extrema dependencia de la madre y una inmadurez en el hijo que estará presente en las relaciones que establezca en el futuro con otras mujeres.

El aprendizaje de los papeles genéricos empieza desde temprana edad, de tal manera que niños y niñas van aprendiendo comportamientos diferenciados y asociados. En los discursos queda claro que hay trabajos, juegos y conductas masculinas y femeninas. Las niñas deben ser pudorosas y decentes en su manera de caminar, sentarse, hablar, vestirse. Se les exige limpieza, modestia, discreción y frecuentar poco las calles, el vecindario. A partir de los siete años se les enseña el oficio de mujeres, es decir, las labores domésticas, al tiempo que se les socializa en el respeto, la obediencia y el reconocimiento de la autoridad masculina. Se trata de un verdadero y duro adiestramiento, que conlleva a la renuncia de la libertad, los proyectos y deseos personales para asumir el papel socialmente asignado: ser mujer, es decir, buena ama de casa, sumisa esposa y, ante todo, sacrificada madre.

A diferencia de las niñas, al niño se le excluye de las tareas domésticas, se le prohíbe usar ropas, utensilios, juguetes considerados femeninos y se le socializa en la violencia –símbolo de la hombría– y la represión de sus sentimientos afectivos, en tanto sinónimos de debilidad. Conforme va creciendo, se va separando de su hogar para incorporarse al mundo masculino: la calle, caracterizada por la burla, la violencia y la jerarquía. Buena parte del proceso de socialización se da ahí, con los amigos; él tiene que aprender a defenderse de los propios hombres y demostrarles que es como ellos, para lo cual tiene que renunciar a todo aquello que socialmente está delimitado como parte del mundo femenino, e incorporar a su yo interno y a sus prácticas cotidianas lo que lo define como hombre. No obstante que en la adolescencia va adquiriendo mayor autonomía respecto a su madre, ésta es más física que afectiva. Ellos saben que en ella encontrarán amor y solidaridad incondicional: ella siempre los protegerá del mundo exterior.

En la etapa correspondiente del desarrollo femenino es cuando las prohibiciones, la vigilancia y las preocupaciones de las madres aumentan, pues el honor de la familia de origen y el futuro de la adolescente dependen de su decencia, pudor y buen comportamiento. Sin embargo, el discurso materno es ambiguo; como la sexualidad sigue siendo un tabú, y en el entendido de que la educación

sexual corresponde a la escuela, las madres se conforman con que sus hijas tengan claro que la virginidad es un valor que les permitirá negociar un buen matrimonio. Esta etapa está marcada por muchos sentimientos encontrados, presión y angustia para madres e hijas y esto se debe a la valoración asignada a la virginidad. Conservarla hasta el matrimonio le permite a la familia de la adolescente lograr honorabilidad ante la sociedad, y a la futura esposa, estatus frente a su marido y su familia política. La virginidad es un derecho que le corresponde al futuro esposo, lo que la convierte en un valor sociocultural e ideológico. Las adolescentes, aunque tienen claro el discurso del deber ser que sostiene que una mujer decente y respetable debe saber controlar su sexualidad –por eso se diferencian de la naturaleza masculina–, no logran resistir sus propios deseos porque *les gana el gusto*, como ellas mismas expresan, ni tampoco la presión del novio al exigirles la prueba del amor. Así, muchos de los noviazgos se establecen de manera oculta y algunos de ellos terminan en embarazos no planeados ni deseados y en matrimonios al vapor.

Al igual que a sus hermanas, a los hombres nadie les habla en casa sobre las responsabilidades y riesgos que conlleva el ejercicio de su sexualidad; la diferencia radica en que ellos aprenden algunas cosas en la calle, con los amigos, en las revistas y películas, y finalmente en encuentros ocasionales con trabajadoras sexuales. Además gozan de mayor libertad para hacer uso de su sexualidad, porque como son hombres no pierden nada; por el contrario, ganan popularidad, afirman su virilidad y su identidad genérica.

No obstante que la mayoría de las mujeres casadas reconocen que la vida de soltera es mejor, tendrán que pasar muchos años y sufrimientos para que las adolescentes lo aprendan a través de su propia experiencia. Aunque al matrimonio lo consideran un albur –que no un proyecto de pareja–, está muy interiorizado culturalmente como el destino principal de toda mujer. Se les revela como un signo de liberación y como el único camino permitido para ejercer su sexualidad. Los jóvenes –de cada uno de los sexos– tienen claro que al casarse deben respetar las normas genéricas establecidas: el hombre debe realizarse como jefe de familia haciéndose responsable de la manutención de su esposa e hijos, y la mujer, como madre.

Pero para casarse, las adolescentes tienen que usar la seducción, algo muy femenino y socialmente permitido; así, el cuerpo se convierte en el único atractivo que les permite conquistar a un hombre. Las adolescentes se introducen en este juego peligroso, pues se debe seducir pero hasta cierto punto: jugar sin perder la

virginidad, o bien, lograr un embarazo que con la maternidad las redima y obligue al novio a cumplir. El embarazo se les antoja como un preludio para establecer una vida marital estable, como la única forma de iniciar su vida sexual, a la vez que se convierte en una estrategia para cumplir su destino: casarse, tener un marido que las mantenga y, lo más importante, convertirse en mujeres a través de la maternidad. Ésta sigue siendo el eje orientador de sus vivencias, el elemento a través del cual construyen su identidad genérica. Su significado está permeado por los valores judeocristianos de dolor y sacrificio, lo que lleva implícita la renuncia a sus deseos, necesidades o intereses para satisfacer los de sus hijos y el marido, so pena de ser calificadas de más mujeres que madres, lo que las acerca peligrosamente al calificativo de mujer de cama, es decir, de puta. Esta es la norma ideal, en la práctica la maternidad se experimenta de manera diferenciada e incluso contradictoria.

Ciertamente, los hijos tienen más de un significado; pueden ser compañía, apoyo en la vejez, alegría, gozo y, al mismo tiempo, causa de mortificaciones, pendientes, desilusiones, sufrimientos, y muchas de las veces un verdadero fardo que se asume y ejerce no exento de violencia. Al parecer, tener hijos depende más de una ley natural o del papel asignado a la mujer que de una decisión voluntaria: ellos son un medio y no un fin. En todo caso, la maternidad es una estrategia que les da poder, control e influencia, mecanismos que les permiten sobrevivir en espacios opresivos. Poder para retener al hombre temporalmente; para ejercer o no la sexualidad; para chantajear y cobrar cuentas al marido e hijos una vez que se han sacrificado por ellos; para trabajar o no; para negociar al interior de la pareja; y al mismo tiempo, es un espacio que permite redimir culpas, pagar pecados de juventud.

A diferencia del trato con los varones, las madres suelen ser poco afectivas y complacientes con sus hijas, difícilmente serán aliadas. Es después de su salida de casa que los lazos afectivos se fortalecen, lo que no implica que las relaciones dejen de ser contradictorias, conflictivas y hasta violentas.

Para que el varón se independice de la imagen paterna y se convierta en un verdadero hombre, es necesario que se case y construya su propia familia; de ahí que para él el matrimonio inicialmente también represente libertad. Aunque la madre no elige a la futura nuera, los años que invirtió en la educación de su hijo forjaron el ideal que toda mujer candidata a ser esposa debe tener: trabajadora, limpia, fiel, dócil y buena madre. La nuera le debe respeto a la suegra porque es la madre de su marido; debe ganarse su cariño demostrando que es una buena ama de casa, una sumisa esposa, una excelente madre y una mujer de respeto. La suegra

—conjuntamente con la madre— es la principal vigilante de la honra de su hijo a través del cuidado de la nuera; ella se encargará de velar por la aplicación rigurosa de las normas, en muchas ocasiones, haciendo gala de una total ausencia de solidaridad, que se manifiesta en el fuerte control que ejercen las mujeres sobre las propias mujeres.

Es el hombre quien inicia a la mujer en el ejercicio de la sexualidad. En la mayoría de los casos, pasa mucho tiempo para que las mujeres encuentren placer en el ejercicio de la sexualidad; difícilmente podrán manifestar sus deseos, pues fueron educadas para ser pasivas hasta en la cama, bajo pena de ser confundidas con las otras, las que son encargadas de darles placer a sus maridos. Las esposas aprenden que las relaciones sexuales sirven para procrear hijos, no para satisfacer sus deseos eróticos. El matrimonio es una etapa en donde los adolescentes se convierten en hombres y sus compañeras en madres: el varón puede hacer uso de su sexualidad fuera de casa y su esposa deberá canalizar su erotismo hacia el amor maternal. En el terreno sexual la mujer debe actuar con mucha precaución, pues tenga o no deseos debe satisfacer las necesidades de su cónyuge, so pena de que pueda dudar de su fidelidad y amor; por otro lado, deberá comportarse decentemente, evitando hacer ciertas cosas que pongan en duda su honorabilidad y llegue a ser confundida con una puta.

La rivalidad entre nuera y suegra es constante, a veces disfrazada de relaciones corteses, en ocasiones se quitan el habla; hay quienes las chantajean a través de los nietos, otras las ignoran o las hacen rabiar coqueteando con el hijo, y se dan casos de enfrentamientos directos... reproches van y reproches vienen. Desafortunadamente, en el ámbito doméstico las relaciones de poder se dan fundamentalmente entre las mujeres —sólo ocasionalmente se establecen relaciones solidarias— pero la constante es la rivalidad, misma que impide la defensa de las mujeres en contra de la autoridad masculina. Aunque suegras/madres hayan vivido una situación similar, difícilmente transforman las normas y costumbres que condicionan la sumisión femenina. Por el contrario, el esquema se repite de generación en generación; así, al convertirse la joven en madre y ejercer su poder sobre sus propias hijas/nueras, reproduciendo las desigualdades genéricas, el sistema sexo/género queda garantizado por la acción de las propias mujeres.

Con el matrimonio la relación de dependencia entre madre/hijo no termina, sino que suele prolongarse, en primer lugar, porque él tiene claro que a la madre le debe la vida —marcada por la abnegación y el sacrificio; ante esta deuda, el hijo debe responder con amor eterno y lealtad. Él se encuentra dividido entre dos

mujeres; la idealización hacia la madre le impide otorgarle un lugar propio a su esposa, la imagen materna no le permite construir otro modelo de mujer diferente, mismo que exigirá a su cónyuge, lo que dificulta su transformación de hijo en marido/padre responsable de una familia.

Así, es difícil que se construyan parejas, en primer lugar, porque el hombre dependiente no puede relacionarse fácilmente con otra mujer que no sea su madre; en segundo, porque ha crecido con el temor de perder su propio control en los brazos de otra mujer cualquiera; en tercero, porque la mujer está adiestrada para ser madre, no mujer; y en cuarto, porque no hay equidad entre hombres y mujeres. Al parecer, el objetivo de las relaciones de pareja es la reproducción de la especie y la satisfacción de los deseos sexuales masculinos. Ellos procuran estar la mayor parte del tiempo fuera de su casa y los momentos que comparten con la mujer están mediados por la relación con los hijos. El único momento de encuentro sería aquel que se da en la noche, pero como la sexualidad femenina está al servicio de la procreación, aquí no hay cabida para el placer. Como si no fuera suficiente, existe una disociación entre sexualidad y afectividad: ellas dan sexo para recibir amor; ellos en ese terreno no se comprometen demasiado. Con la esposa se tiene contacto sexual para procrear, con ella no se corre peligro, siempre y cuando se mantenga la distancia; con las trabajadoras sexuales se obtiene placer, pero tampoco se pierde mucho, sólo un poco de dinero y, momentáneamente, el control, mismo que, una vez recuperado el aliento, vuelve a su lugar. Curiosamente el erotismo, para cada uno de los sexos, pareciera estar permitido mientras se practique fuera de las relaciones matrimoniales; ellas lo ejercen con sus novios o amantes, ellos con las trabajadoras sexuales, las queridas o en encuentros homoeróticos.

¿Cómo construir enlaces placenteros y familias democráticas teniendo como base relaciones sexistas, desiguales y jerárquicas? La posibilidad de una relación basada en proyectos propios y comunes, en relaciones amorosas/eróticas profundas, se antoja imposible; sin embargo, no podemos negar las diferencias, los cambios y las transgresiones que resultan de vivir de manera personal y colectiva. El predominio de la moral judeocristiana es evidente; no obstante, existen espacios de resistencia, transgresión y transformación; es clara la coexistencia de valores y formas de pensamientos tradicionales y modernos que se entrelazan en un proceso en donde se rompe y reproduce al mismo tiempo. Pareciera ser que esta compleja red sociocultural nos convierte en víctimas/victimarios sin opciones, pero no es del todo cierto, porque como actores sociales tenemos posibilidades de elección aún dentro de marcos opresivos. No es menos cierto que en este andar convirtiéndonos

en mujeres y hombres desarrollamos prácticas de resistencia y poder que nos permiten transformar mínimamente nuestra cotidianeidad. El que unos lo hagamos y otros no depende de varios factores; tal vez el más importante sea nuestra historia familiar/personal. Uno de los grandes retos para las mujeres del nuevo milenio es prevenirnos contra el olvido de las propias mujeres que nos negamos a vivir la vida sin culpas, sino plena e intensamente. El poder también radica en la capacidad de haber superado el estado involuntario de víctimas; en la medida en que seamos capaces de reconocernos como seres humanos integrales, corresponsables y reproductoras de un sistema jerárquico y sexista, y asumamos nuestro papel de actoras sociales, podremos transformar y construir conjuntamente con los hombres relaciones más íntimas, en donde la pareja sea en realidad pareja y el amor y la sexualidad sean importantes; el primero, asumido no como devoción eterna sino como un modo de comunicación, de elección y realización personal, y la segunda, como un encuentro de exploración y satisfacción del erotismo.

En nuestra cultura, la moralidad de nuestros comportamientos sexuales ha sido dominada por las teorías sobre la sexualidad; bajo el disfraz de la “cientificidad” han pretendido justificar las diferencias, las preferencias, las desigualdades, creándose una serie de principios conceptuales y valorativos que aún dominan el ejercicio de nuestra sexualidad, y en donde ésta se ha convertido en un espacio de vital importancia para definir el destino y la pertenencia (Weeks, 1998). Por fortuna, nuevas miradas nos permiten ir entendiendo que “la sexualidad no es un hecho dado, es un producto de la negociación, la lucha y acciones humanas”. Si para la tradición sexual la sexualidad es destino, para la nueva corriente constructivista es una construcción sociohistórica susceptible de ser transformada (Weeks).

En este sentido, tal vez valga la pena que los científicos sociales interesados en las investigaciones sobre género y sexualidades hagamos nuestros los planteamientos de quienes manifiestan que el sexo no es ni bueno ni malo, sino simplemente un espacio de posibilidades y potencialidades que deben ser analizadas a la luz de las condiciones concretas en donde se manifiestan. Lo importante no es encontrar “la verdad trascendental”, sino formas de tratar con “una multiplicidad de verdades”, descartando la “moralidad basada en valores absolutos”, reconociendo la necesidad de una “ética sexual moderna” en donde la diversidad sea la norma de nuestra cultura y un espacio para repensar las sexualidades (Foucault 1993, Núñez 1994; Weeks 1998).

Bibliografía

- Ariés, Ph. (1987). *Sexualidades Occidentales*. México: Paidós.
- Foucault, M. (1983). *História da sexualidade, A vontade do saber, Vol. 1*. Rio de Janeiro: Edições Graal.
- Núñez Noriega, G. (1994). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: El Colegio de Sonora/PUEG/UNAM/Porrúa.
- Ponce Jiménez, M. P. (2000). *Trabalho, poder e sexualidades. Histórias, valorações e percepções femininas. Un estudo de caso na costa Veracruzana, México*. Sao Paulo: IFCH/UNICAMP.
- _____ (2001), Sexsualidades Costeñas. *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 6.
- Vance, C. (Comp.). (1989). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución.
- Weeks, J. (1998). *Sexualidad*. México: Paidós/PUEG/UNAM.